

En un contexto de crisis, como el que México vive actualmente, incluso la "militancia" de los sindicatos afiliados a la UOI puede cambiar y acercar su conducta a la de los definidos como conservadores. Los sindicatos en Dina y Nissan-Cuernavaca hubieron de aceptar, no hace mucho, *conservar* una planta mucho menor de trabajadores a causa del descenso en las ventas y aceptar trabajar un número menor de días a la semana (con su consecuente reducción salarial), sin detrimento de la productividad.

También puede suceder lo contrario, como dice I.R. en uno de sus pronósticos, es decir, que el conflicto industrial se agudice y amenace las estructuras institucionalizadas del sindicalismo tradicional para otorgar un mayor poder a los destacamentos directamente involucrados en la producción. Pero eso, tanto para I.R. como para mí, sigue siendo *wishful thinking* (perdón por la pedantería) en tanto al conflicto industrial no le acompañe una interpretación de los hechos y circunstancias que crean, reproducen y modifican la explotación, que pueda guiar acciones sindicales ofensivas.

VICTORIA NOVELO

TOURAINÉ, Alain, *Le retour de l'acteur*, París, Ed. Fayard, 1984, 350 páginas.

Este nuevo libro de Alain Touraine es un esfuerzo por elaborar una visión de conjunto de las ideas que constituyen la sociología de la acción. En tres capítulos y un *post-scriptum* se trata de realizar "un examen crítico de las nociones sobre las cuales descansa el análisis sociológico y de preparar y hacer posible el análisis de los nuevos movimientos sociales, de los nuevos actores de nuestra historia" (pp. 336-337). Si bien casi todos los trabajos ya se habían publicado por separado en revistas profesionales o se habían presentado en foros académicos, su ordenamiento en este libro y la forma en que fueron concebidos les da una unidad dentro de la cual se pueden destacar algunas ideas que trataremos de presentar en esta reseña.

En primer lugar, podemos destacar la discusión de los elementos constitutivos de la sociología clásica, identificada con Marx, Durkheim y Weber. Dicha sociología es antes que nada una "ideología de la modernidad", de la transición de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, de la comunidad a la sociedad (Tonnies). Es una sociología estrechamente ligada a una visión evolucionista del devenir histórico.

Además, en ella coexisten la sociedad con el Estado y la nación, los cuales también se confunden. Así, los elementos que son objeto de análisis están ligados al surgimiento de la sociología como enfoque de conocimiento. La definición de esta apreciación sobre la sociología clásica es retrospectiva y parte de la crisis que ella vive hoy en día. Pues, en efecto, si la sociedad moderna está en crisis, también lo está la sociología, dada su ligazón con ella. Además, dicha crisis va acompañada de una ruptura de la relación entre los elementos constitutivos de la modernidad, el Estado, la sociedad y la nación.

Si en la sociedad industrial, Estado y nación, Estado y sociedad están confundidos, en la sociedad programada, a la que gradualmente entramos, se separan. Los actores sociales ya no toman al Estado como punto de referencia. Se diferencian y se alejan del intento integrador del Estado. El sentimiento nacional es cada vez más opaco. Las identidades se hacen más y más comunitarias.

Frente a la crisis de los supuestos de la sociología clásica aparecieron dos corrientes que trataron de "salvar" a la sociología que de ella se derivaba. Una es la que está asociada a la sociología de las organizaciones, visión que convierte a la estructura en proceso de cambio y a los valores en estrategias. En enfoques como los de Marcuse, Foucault, Althusser o Bourdieu, el análisis sociológico se convierte en el estudio de los mecanismos de control y de vigilancia de la vida social. Se trata de estudiar el "sistema de signos de una dominación sin mediaciones" (pp. 158-159). Los abundantes estudios acerca del "discurso" (político, artístico, estético, etc.) son síntomas de la existencia de una visión en la que los aparatos ideológicos del Estado, para decirlo en los términos más conocidos, son todopoderosos. Predominan los determinismos sobre la libertad.

Pero esta visión es unilateral. Desconoce la existencia de la acción social que rompe con la coherencia de esos discursos y que deshace los mecanismos de control, de represión y de vigilancia. Olvida lo que ocurre en países como Brasil o Polonia, en donde después de décadas de silencio, subordinación y obediencia irrumpen fuerzas que desmienten la fuerza de esa dominación. No es entonces un problema fácil de resolver. Por ello es que cabe afirmar una sociología de los movimientos sociales en la que el factor central no es el análisis de la dominación sino el estudio de las tensiones que oponen a las clases sociales entre sí por el control de la historicidad. El movimiento social es una noción asociada a la noción de clase social en la medida en que descansa en ésta pero no se agota en ella. Así, "el movimiento social es la acción, a la vez orientada en términos culturales y socialmente conflictiva, de una clase social definida por su posición de dominación o de dependencia en el modo de apropiación de la historicidad, de los modelos culturales de inversión, de conocimiento y de moralidad, hacia los cuales él también está orientado" (p. 152). Capitalistas y obreros se opusieron en nombre del control de la dirección que tomara la sociedad industrial, la cual no se agotaba en un modelo de organización de la producción sino que era a la vez un modelo de organización social y de transformación de la naturaleza, es decir, un modelo tecnológico.

Estrechamente ligado al análisis del tema del movimiento social está el de la intervención sociológica que no es sino el método de la sociología de la acción. Dicho método permite aprehender el sentido de un movimiento social por medio de una interacción estrecha del analista con el protagonista de la acción social. En condiciones controladas, el analista puede poner a prueba hipótesis sobre el sentido del movimiento social y obtener de los protagonistas la aceptación o el rechazo de las mismas. La adecuación entre el análisis sociológico y lo que los protagonistas del movimiento social ex-

perimentan frente a él da validez al enfoque propuesto. La aplicación de la intervención sociológica al estudio de los movimientos sociales le da vigencia plena al esfuerzo por constituir un tipo de análisis sociológico con su propia metodología.

Sin embargo, Touraine no limita su reflexión a cuestiones que podrían considerarse propias del campo estrictamente académico. Avanza también hacia consideraciones más amplias sobre la sociedad programada, los nuevos conflictos sociales, el reflujo de los movimientos sociales y las relaciones entre movimientos sociales, la revolución y la democracia. La consideración de estos temas ocupa la tercera parte del libro.

La sociedad programada, antes bautizada posindustrial, va asociada a la presencia de un Estado que interviene fuertemente en la administración económica y que no se limita de ninguna manera a ejercer sólo tareas de control social. En ella se desarrolla una categoría social, los tecnócratas, animadores centrales de dicho tipo de sociedad, que colocan el presente en un contexto prospectivo, definido en términos técnicos. La producción de la sociedad por ella misma llega a su apogeo en este tipo de sociedad. Las decisiones no tienen referentes metasociales, por lo que cuando los tecnócratas pretenden que las toman con base en consideraciones exclusivamente técnicas están voluntaria o involuntariamente escondiendo el carácter altamente político que poseen. En la sociedad programada, a pesar de que todo parece estar "controlado" por una clase dirigente que vela por su funcionamiento, surgen conflictos sociales animados por grupos que se enfrentan a su dominación partiendo de la defensa de la naturaleza (movimientos ecologistas, antinucleares), de la identidad individual (movimientos feministas), o colectivos (regionalismo). Pero lo que también sobresale es la separación cada vez más grande entre la sociedad y el Estado, fenómeno completamente opuesto al que tenía lugar en la sociedad industrial. Por lo cual el Estado de la sociedad programada no es el que pretende ser. El conflicto que estalla muestra que la sociedad es capaz de reconocer la manipulación y de desvirtuar los símbolos del control y de la dominación por medio de protestas y de la expresión de utopías y de lo imaginario. Ya no es posible legitimar la dominación por la referencia a cuestiones trascendentes: la dominación es social, así la perciben los actores y así se construye el conflicto en la sociedad programada.

En un momento pareció como que los movimientos asociados a la energía nuclear, a la contaminación, a la subordinación de la mujer eran manifestaciones del tipo de conflicto propio de la sociedad programada. Sin embargo, tuvieron una vida muy corta y frecuentemente sus reivindicaciones fueron recuperadas por el sistema político, flexible y capaz de anular los peligros que hubieran podido llevar consigo. El "reflujo" en cuestión hizo dudar a muchos de la validez de una sociología de los movimientos sociales, ligada al análisis de la sociedad programada. Se consolidó otra imagen asociada "a la sustitución de la clase dirigente por un Estado absoluto, lo que quería decir que los conflictos propiamente

sociales eran ahora conflictos políticos; que la lucha del ciudadano contra el Estado remplazaba aquélla del obrero contra el patrón” (p. 280). No obstante, Touraine argumenta, en nombre de la corriente cuestionada, que, al contrario, los movimientos sociales contemporáneos son por primera vez puramente sociales y no van junto a reivindicaciones políticas. Pero ello, a la vez que desmiente el pesimismo de los que comparten una visión estatista, implica reconocer que si bien existen luchas contestarias, que existe la disidencia, el paso social a la constitución de movimientos sociales no se ha dado todavía. Es decir, movimientos como los ecologistas, feministas y antinucleares no pueden articularse alrededor de un desafío común. Frecuentemente, en el momento del reflujo, como fue el caso en el movimiento estudiantil de 1968, los actores se repliegan en formas comunitarias de convivencia y se aíslan del resto de aquellos que participaban en el movimiento. En el caso del movimiento feminista, el repliegue toma la forma de la homosexualidad, asociada estrechamente a la búsqueda de la construcción de una relación entre sujetos (p. 290). En todo caso, incluso frente a esta imagen de movimientos potenciales, que no encuentran condiciones propicias para desarrollarse, cabe afirmar la necesidad de “defender otra sociología, en la que la idea de movimiento social sea central y en donde una nueva práctica profesional sea capaz de aprehender al actor en la conciencia que tiene su propia acción. Una sociología para la cual los hombres hacen su historia sabiendo que la hacen, estando al mismo tiempo prisioneros de ideologías” (p. 297).

Y en la afirmación de esta sociología es fundamental aclarar que tres nociones, la de *movimiento social*, la de *democracia* y la de *revolución* han ido progresivamente separando las connotaciones a las que hacen referencia, pues en una época las tres estaban poco menos que identificadas. Esta separación ha ocurrido como resultado de acontecimientos históricos que indicaron que su interrelación no era necesaria: la revolución rusa, por ejemplo, no derivó en la aparición de un régimen democrático; la revolución mexicana, ejemplo de un gran movimiento social, no llevó necesariamente consigo una transformación social radical, de alcances similares a los que tuvieron lugar en la Unión Soviética; finalmente, se distancia la democracia de la revolución en la medida en que los movimientos democratizantes no son siempre anticapitalistas sino más bien antimperialistas y anticolonialistas. Así, movimiento social, democracia y revolución, ligados estrechamente en un momento del devenir histórico, pierden esa vinculación. Esto ocurre a pesar de que algunos intelectuales trataron de mantener su unidad afirmando “que los movimientos sociales refuerzan y amplían las instituciones democráticas a través de su acción revolucionaria” (p. 309), cosa que es muy difícil de sostener a la luz de los acontecimientos del siglo XX. Sin que esos intelectuales de “izquierda” compartieran necesariamente las mismas posiciones políticas, pues pudieron ser leninistas, populistas revolucionarios o libertarios (maoístas), en el fondo compartían esa visión de la unidad fundamental de esas nociones.

No es sorprendente entonces que pueda afirmarse el fin de la era de las revoluciones que empezó con la de Estados Unidos en 1776 y culminó con la rusa en 1917 y la china de 1949. Los movimientos nacionalistas, asociados a las guerras anticoloniales guardan poca relación con esos primeros ejemplos de lucha revolucionaria. Lo que lleva a la conclusión de que entramos en un periodo y en un tipo de sociedad en que los movimientos sociales son más y más autónomos en relación con sus expresiones políticas, de manera tal que la decadencia del modelo revolucionario debería dar también un papel central a los movimientos sociales y a los sistemas institucionales (p. 320). Los movimientos sociales contemporáneos son una condición fundamental de una vida política democrática. Garantizan la vigencia de la democracia separando lo social de lo político, dando pie a la expresión de reivindicaciones específicas, por parte de actores sociales "representables", es decir, capaces de definirse, organizarse y actuar sin tener que pasar necesariamente por canales de representación política (p. 324).

Habiendo iniciado su reflexión con el sentido de la sociología clásica y su crisis en la época contemporánea, Touraine trata de sentar las bases de un nuevo enfoque del análisis sociológico en el que el papel de los movimientos sociales sea central. Contrapone este propósito con el de otros enfoques que han sido desarrollados a partir de la misma comprobación básica, acerca de la crisis de la sociología. Discutiendo las razones por las cuales piensa que estos otros enfoques no rinden cuenta adecuadamente de la realidad histórica contemporánea, sienta las bases del enfoque de la sociología de los movimientos sociales y de su método, la intervención sociológica. Finaliza su presentación con la reiteración del propósito general de su libro, contribuir a "reemplazar una sociología de la sociedad por una sociología de los actores y de los sujetos, de los sistemas de acción, de las relaciones y de los conflictos sociales y por lo tanto de los movimientos sociales. . . descartando la antigua imagen de los movimientos como agentes históricos del progreso, de la razón o de la ciencia y de una revolución que suprimiría la irracionalidad de las tradiciones y de los privilegios. Ya no se trata de destruir privilegios, cambiar instituciones o tomar el poder: se trata de darle contenido a la acción de los sujetos que, interactuando, sin referencias a supuestos metasociales, crean relaciones sociales que contribuyan a mejorar la convivencia humana.

FRANCISCO ZAPATA

DÍAZ E., Y. Texera, H. Vessuri, *La ciencia periférica*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1983, 285 páginas.

Este libro acarrea una austera provocación. Los autores (mejor dicho, las autoras, con la tolerada excepción de *Marcel Roche*) de los ocho ensayos plantean nuevas perspectivas en la sociología de la ciencia, especialmente